

claro, con transparencia diamantina, para todo el que no ciegue una pasión malsana. No entraré en su análisis porque son hartos conocidos y tenéis de ellos el verdadero concepto.

VII.—Leed la hermosa protesta del patriota guatemalteco Marcial Prem, documento digno de grabarse sobre la blancura gloriosa de los mármoles conmemorativos. Vivirá en los tiempos venideros el nombre de este ciudadano integérrimo, que con el calificativo de grande merece el aplauso vibrante de todos los hombres honrados de Centro América.

VIII. Improbando esos pactos nada habrá perdido Honduras. El temor de que con ello se incurrirá en el disgusto de los Estados Unidos sólo revela ruin cobardía ante los deberes sagrados que impone la Patria. No. Por el contrario, el servilismo atrae desprecio y negación de los derechos ciudadanos; y con un gesto digno, el nombre de la República se alzarán más alto en el criterio de los prohombres de aquel país. El mismo Gobierno temido nos apreciará un poco más, y en la Prensa y en el Senado norteamericanos, donde generosos y amplios espíritus velan por nuestra soberanía—dando una severa lección a los hondureños antipatriotas—encontrará seguro estímulo nuestro proceder. Porque no es a base de pusilanimidad que se forja el alma de las naciones; y porque todo acto de hermosura y de valor encontrará eco simpático en el corazón de los varones ilustres. Y, en todo caso, como dijo hace poco un notable periodista nuestro, «entre ofender a una nación extraña y traicionar a la propia nación, los hombres dignos deben pronunciarse por lo primero».

IX. Aprobando esos pactos—previamente formulados por la Cancillería del Norte—con el pretexto más fútil será colocada Honduras en la misma situación de oprobio en que se halla Nicaragua, nuestra hermana venciada y vilipendiada por la traición de sus malos hijos, y que de República sólo conserva el nombre... irrisorio.

Hace dos años que estuve en Santo Domingo, Haití, Puerto Rico y Panamá, los pequeños países en que se ha cebado implacable la codicia norteamericana. Pude comprobar en ellos hasta la absoluta evidencia, hasta el extremo de que ocultarlo sería un crimen, la crueldad sin ejemplo con que las fuerzas estadounidenses trataron, y aún tratan, a las tres primeras de esas infelices repúblicas, por el único delito de protestar contra el brutal atropello de su territorio y de su libertad. Con palabras cínicas e insultantes carcajadas contestaban a las peticiones más justas. Hombres y mujeres, ancianos y niños, sufrieron las

más viles ofensas de la soldadesca enscherbecida. Flamantes oficiales, de despectivo gesto y venenoso corazón, como a perros hidrófobos cazaron a balazos a los negros en las montañas de Haití. En Puerto Rico se vieron tremendas atrocidades. En Santo Domingo se torturó a varios periodistas que atacaron audazmente el régimen salvaje de los conquistadores.

... Podría hablaros días enteros, sin agotar el horrible tema, de los incalificables abusos y torpes violencias de que han sido y son víctimas aquellos míseros pueblos, aherrojados a un poderío extraño por el odioso imperio de la fuerza bruta, entre la criminal indiferencia de las naciones de nuestra raza.

En verdad los actos de piratería cometidos por los norteamericanos en Panamá y los asesinatos de policiales y destrucción de imprentas en Nicaragua—no olvidéis que el protectorado fué pedido por los Gobiernos de dichos países—son apenas insignificantes irregularidades si se comparan con los afrentosos calvarios que sufren aquellas islas en plena esclavitud. Pero ya serán todas colocadas, como los galeotes de los tiempos antiguos, en el mismo nivel de humillación y de dolor.

X. Cuando oigo ponderar los beneficios que obtendrá Centro América con la apertura del Canal de Nicaragua, una profunda tristeza se apodera de mi espíritu. Pensando con amargura, y con lástima, y con desprecio, en la increíble inconsciencia y en la negativa visión del Futuro de la gran mayoría de mis conciudadanos. ¡Quiera Dios que obstáculos más poderosos que la rapacidad y desatentada ambición del Imperialismo, y que sus vastos depósitos de oro corruptor, impidan, para siempre, la construcción del Canal de Nicaragua!

Porque... oídlo bien y no lo olvidéis nunca: cada golpe de barra en esa obra, para nosotros de falaz espejismo, será, en la concreción inmutable de los destinos de los pueblos, un día menos de libertad para Centro América.

XI. Y lo repito, no se crea, ni por un momento, que yo ataque, en ninguna forma al pueblo norteamericano; que, en compactas multitudes, protesta, en ocasiones solemnes, de la violación de las leyes de humanidad y de los crímenes internacionales ejecutados por sus mandatarios. Y no sólo las masas colectivas, fuertes por su volumen numérico, defienden, contra sus propios conductores, nuestra autonomía; sino egregios varones de fama universal en la Prensa, en el Senado, en la Ciencia, en el Arte, en todas las alturas del Derecho, de la magnanimidad y del civismo. De aquí que yo prefiera, entre los oportunos textos que logro reunir para mi quincenario

de propaganda autonomista, *Hispano-América*, aquellos que calzan firmas prestigiosas de ilustres anglo-sajones, que sienten profundas simpatías por nuestras jóvenes repúblicas, y en quienes arden, imperecederos, los supremos ideales de los padres legítimos de la Democracia en América.

XII. El Imperialismo del Norte es un pulpo formidable, cuyos gigantes tentáculos se alargan siniestramente sobre todos los países débiles. México lo ha detenido con su brazo heroico, acostumbrado a manejar con brío el rifle y el machete en los combates sangrientos en que no se da cuartel al invasor. México, llamado gráficamente el Centinela de la Raza, tierra generosa del valor legendario, en donde se castiga con la muerte toda traición a la soberanía, es la muralla incommovible que ha rechazado al pulpo en su voraz intento homicida.

Sin ese obstáculo geográfico hace mucho tiempo que constituiríamos una colonia norteamericana; y no estuviéramos aquí reunidos, todavía en nuestra condición de hombres libres, procurando desviar, con toda la fuerza de nuestro amor patrio, la terrible puñalada que, en la forma de algunos artículos, inofensivos para los traidores, tiró el Imperialismo al corazón de Centro América,—sino en el destierro, llorando con lágrimas de sangre, las humillaciones y las desventuras de nuestra tierra esclavizada.

El conquistador de pueblos, el destructor de libertades, tiene los ojos de Argos, y su famélica zarpa se posa hoy en un punto, y mañana en un kilómetro cuadrado, y al otro día en toda la extensión de una comarca. Comienza por atrapar un dedo, sonriendo amistosamente; después la mano, luego el brazo; y enseguida, de improviso os echa la garra al cuello y os destroza sin piedad. Es multiforme, es un Proteo siniestro; y se aprovecha de todas las circunstancias, y de todos los errores de los pueblos que codicia. Juega con ellos, hipócritamente, como el gato con el ratón; les halaga, les da esperanza de libertad, les deslumbra con sus montañas de oro, y de pronto, de un golpe certero y terrible, les arranca las entrañas.

No deben jamás estas Repúblicas, por ningún motivo, darle prenda alguna, porque mañana se convertirá en la espada de Damocles. Si nuestros Gobernantes tuvieran más clara visión del futuro, no mandarían bequistas a colegios y universidades de Estados Unidos, porque muchos de ellos—no todos, pues pudiera citar excepciones honrosísimas,—se convierten en panegiristas de la fuerza opresora de aquella nación, en ciegos admiradores de su política, y, lo que es todavía peor, en despreciadores de su patria por